

Brasilia, 28 de noviembre de 2003¹**Mensaje al Movimiento Político por la Unidad en Brasil**

Honorables Senadores y Diputados,
Autoridades presentes,
Señoras y señores, queridos amigos:

Están hoy reunidos en Brasilia, en el Parlamento nacional, provenientes de los distintos Estados de Brasil, para participar en el segundo Encuentro nacional del Movimiento Político por la Unidad, que nació en Nápoles en 1996, Movimiento que, en el transcurso de pocos años, ha tenido un sorprendente desarrollo.

El Encuentro nacional de hoy es un signo de su difusión en Brasil, nación de la que tengo gran estima, cuyo pueblo, de gran corazón e inteligencia, ha reservado, desde hace años, una acogida extraordinaria al carisma que la bondad de Dios ha querido confiarme.

No pudiendo estar presente hoy personalmente, como hubiera sido mi deseo, me dirijo a ustedes con este mensaje.

Para poder decirles algo que pueda ser una luz y un empuje para su compromiso al servicio del bien común, me parece que tenemos que dirigir la atención al tiempo en el que vivimos.

Como todos podemos constatar, no obstante los conflictos y las guerras que todavía están presentes en el mundo, a pesar de la injusta repartición de los recursos de la tierra y de las desigualdades sociales y culturales, a pesar de la violencia terrorista que estamos experimentando incluso en estos días, la fraternidad universal y la unidad de todos los hombres, objetivos del “Movimiento Político por la Unidad”, son hoy más que nunca una aspiración profunda de la humanidad y una verdadera necesidad.

Es más, la unidad constituye un “signo de los tiempos” – como se dice hoy - que emerge de manera distinta, en el campo civil sobre todo, en los Estados Europeos y en otros del continente africano y sudamericano, los cuales trabajan, de distinta manera y con diversas finalidades, para su unificación, así como numerosos entes y organizaciones internacionales dirigidos hacia la unidad.

En el campo religioso este signo de los tiempos emerge de corrientes como el ecumenismo, que ha invadido el mundo cristiano de un espíritu de reconciliación y de comunión, y de acontecimientos que surgen un poco por todas partes con el diálogo interreligioso a favor de la paz, que tuvo su punto culminante en los dos encuentros de Asís promovidos por el Papa.

Ahora, en este contexto, trabajar precisamente por la unidad de los pueblos, respetando sus miles identidades, es lo mejor que se puede hacer y es alcanzar el fin mismo de la política, el mayor bien común que se pueda esperar.

Pero ¿cuál es el método, cuál es el camino para alcanzar este objetivo?

¹ Mensaje video-grabado por Chiara en su casa en Rocca di Papa, el 18 de noviembre de 2003.

Para alcanzar una meta tan alta y comprometida nada hay mejor que difundir por todas partes en el mundo una potente corriente de fraternidad. Ésta es el don esencial que Jesús le hizo a la humanidad. Él, antes de morir, pidió: “Padre (...) que todos sean uno” (Cf. Jn 17, 21) y, revelando la paternidad de Dios, introdujo en la humanidad la idea de la fraternidad universal.

Por otra parte, la fraternidad es además una categoría fundamental del gran proyecto político de la modernidad, sintetizado en el lema de la Revolución francesa: “Libertad, igualdad, fraternidad”. Ideal, éste, muy acertado pero no plenamente alcanzado.

Si numerosos Países, de hecho, llegando a construir regímenes democráticos, han logrado de alguna manera realizar los principios de libertad e igualdad, la fraternidad ha sido más anunciada que vivida.

Y, como muchos de ustedes ya saben, el fin del Movimiento Político por la Unidad es justamente el de ayudar y ayudarse a vivir siempre en la fraternidad. Los políticos que adhieren al mismo, creen en los valores profundos, eternos del hombre, ponen la fraternidad a la base de sus vidas y sólo posteriormente llevan a cabo su acción política.

Es la fraternidad, de hecho, la que puede hacer florecer proyectos y acciones en el complejo tejido político, económico, cultural y social de nuestro mundo. Es la fraternidad la que hace salir del aislamiento y abre la puerta del desarrollo a los pueblos que todavía están excluidos. Es la fraternidad la que indica cómo resolver pacíficamente los conflictos y que deja la guerra para los libros de historia. Por la fraternidad vivida se puede soñar e incluso esperar en una cierta comunión de bienes entre Países ricos y pobres, dado que el escandaloso desequilibrio, que existe hoy en el mundo, es una de las causas principales del terrorismo.

La profunda necesidad de paz que la humanidad expresa hoy, dice que la fraternidad no es sólo un valor, no es sólo un método, sino el paradigma global del desarrollo político. Por esto, el mundo que cada vez es más interdependiente, necesita políticos, empresarios, intelectuales, artistas que pongan la fraternidad –instrumento de unidad- al centro de su actuación y de su pensamiento. Era el sueño de Martin Luther King que la fraternidad fuera el orden del día de un hombre de negocios y la palabra de orden de un hombre de Gobierno. Los políticos del Movimiento Político por la Unidad quieren que este sueño se haga realidad.

Para ellos, la elección del compromiso político es un acto de amor, con el cual cada uno responde a una auténtica vocación, a una llamada personal. El que es creyente advierte que es Dios mismo quien lo llama a través de circunstancias; el que no cree responde a una apelación humana, a una necesidad social, a un problema de su ciudad, a los sufrimientos de su pueblo, que encuentran eco en su conciencia; pero es siempre el amor lo que ambos ponen en sus acciones.

Además, los políticos de la unidad toman conciencia de que la política es, en su raíz, amor; y esto los lleva a comprender que también el otro, el adversario político, puede haber hecho su propia elección por amor y esto implica que se le respete. Es más, el político de la unidad desea en su corazón que también su adversario realice el diseño bueno del que es portador, que, si responde a una llamada, a una verdadera necesidad, es parte integrante de ese bien común que sólo pueden construir juntos. El político

de la unidad trata, por tanto, de practicar la aparente paradoja de amar el partido del otro como el propio, porque el bien del País necesita la obra de todos.

Otro aspecto de la fraternidad en política es la capacidad de saber escuchar, de entrar en la perspectiva del otro. De esta manera se ensimisma con todos, incluso con los adversarios, se abre a su realidad. Esta actitud ayuda a superar los particularismos, revela aspectos de las personas, de la vida, de la realidad, que amplían también el horizonte político. El político que aprende este arte de “hacerse uno” con todos, llega a ser más capaz de comprender y de proponer.

La fraternidad, además, encuentra plena expresión en el amor recíproco, del cual la democracia, entendida rectamente, tiene una verdadera necesidad: amor de los políticos entre ellos, y amor entre políticos y ciudadanos. El político de la unidad no se contenta con amar sólo él, sino que trata de llevar al otro, aliado o adversario, al amor, porque la política es relación, es proyecto común.

Finalmente, una última idea fundamental que guía a los políticos de la unidad es que hay que amar la Patria del otro como la propia; la dignidad más alta de la humanidad sería, de hecho, la de sentirse no un conjunto de pueblos a menudo en lucha entre ellos, sino, por el amor recíproco, un solo pueblo, enriquecido por la diversidad de cada uno y por esto, que custodia en la unidad las distintas identidades.

Todos estos aspectos del amor político que realizan la fraternidad, sin embargo, requieren sacrificio.

Cuántas veces la actividad política hace que se conozca la soledad, la incompreensión, incluso por parte de los más cercanos.

Sabemos, sin embargo, que no se puede hacer nada bueno, útil, fecundo en el mundo sin conocer, sin saber aceptar la fatiga, el sufrimiento; en una palabra, la cruz.

¡No es una broma comprometerse a llevar la unidad! Se necesita valor, es necesario saber sufrir.

Pues bien, aquí puede ser una ayuda también para el político Cristo crucificado-resucitado que, aún experimentando el abandono del Padre: “Dios mío, Dios mío ¿por qué me has abandonado?” (Mc 15, 34), se volvió a abandonar en Él: “En tus manos encomiendo mi espíritu” (Lc 23, 46), para después resucitar, demostrando que “el amor vence todo”.

Con su ejemplo, el político de la unidad es el que abraza las divisiones, las rupturas, las heridas de la propia gente. Éste es, de hecho, el precio de la fraternidad que se le pide: precio altísimo, pero también altísimo es el premio. La fidelidad a la prueba hará de este político un modelo, un punto de referencia para sus conciudadanos, orgullo de su gente.

Estos son los políticos que el Movimiento Político por la Unidad, con la ayuda de Dios, desea generar, nutrir, sostener.

Les deseo que su congreso de hoy les confirme en la elección de vivir la fraternidad en la política. Por ésta, mucho, todo se puede esperar para Brasil, pero también para otros Países, respecto a la justicia, la paz, la unidad.

Chiara Lubich